

¿La era de la violencia rediviva?

Una sombra, que se creía antigua, vuelve a recorrer la Humanidad: la violencia ciega e indiscriminada, por no decir gratuita.

Hasta hace bien poco, a pesar de que los actos violentos son propagados por los medios de comunicación social con suma rapidez, transmitiéndonos la sensación de vivir en un mundo violento, los especialistas en estas lides dolían esgrimir lo contrario: que disfrutábamos de las sociedades menos violentas de la historia del género humano, habida cuenta de las dimensiones demográficas que había alcanzado el planeta. Sin embargo, de un corto tiempo a esta parte el asunto parece haber tomado otros derroteros, los cuales permiten constatar en una multiplicación exponencial de la violencia mundial. Los genocidios, guerras civiles y conflictos internacionalizados se han incrementado en lugares como México, Siria, Libia, Mali, por no hablar de la sempiterna Afganistán. Los propios países europeos, después de la orgía de sangre de las dos guerras mundiales, y diversas civiles, que habían creado un espacio pacificado estable —por razones sólo comerciales, según Karl Polanyi—, vuelven a observar el renacer de una larvada violencia de naturaleza en apariencia ni política ni social, que golpea en especial a las mujeres en el interior de la vida familiar, y de los ajustes de cuentas privados, que testifican ese auge de la violencia difusa. Es evidente, por consiguiente, que el sistema político global se está tensionando y las actitudes violentas difuminándose a la par que haciéndose más difíciles de controlar por parte de los Estados. Las poblaciones comienzan a tener un miedo justificado a lo que consideran fundamentos reales de la violencia.

Un caso particular de violencia difusa y generalizada sería México. Otro podría serlo Estados Unidos, con sus orgías periódicas, ya casi cotidianas, de asesinatos gratuitos. Ambos llenan los noticiarios de todo el mundo y ocupan obsesivamente a sus ciudadanos. Detengámonos en el primer país. Un recorrido por el Museo nacional de Historia, muy bien resuelto museográficamente, sito en el palacio de Chapapultepec, en la ciudad de México, nos da una imagen de la política mexicana a lo largo de su historia poscolonial casi de permanente estado de sitio, por más que se tenga la intención de idealizarla. Pero nada es comparable a la violencia actual de carácter ciego que se libra entre la delincuencia altamente organizada que disputa, al menos desde hace una década, al Estado su razón de ser. La población está cuanto menos desconcertada, sobre todo por el alarde de crueldad de quienes la ejercen, dando lugar a decapitaciones, ahorcamientos, ejecuciones sumarias, etc. Si bien ciertas analogías pudieran re-

sultar gratuitas en apariencia, al visitante ajeno a México se le vienen a la memoria los sacrificios humanos que mayas y aztecas realizaban con ritualidad cosmogónica implacable, presumiblemente para aplacar a un Moloch que amenazaba con engullir en su integridad a aquellas brillantes civilizaciones. Esto que es bien conocido, sin embargo, no ha sido relacionado con el gusto colonial y poscolonial por las Vírgenes y Cristos sufrientes. Un recorrido por la catedral de México, situada a escasos metros de las ruinas del Templo Mayor azteca, donde se realizaban los sacrificios humanos propiciatorios, nos permite contemplar justo a su entrada un “señor del Veneno”, es decir un Cristo crucificado negro, al que la oraciones de sus devotos le piden librarlos de todo el mal provocado por los semejantes.

Mas, las razones históricas no son suficientes ni explican el actual estado de cosas. Arjun Appadurai al abordar la “geografía de la cólera”, es decir la estrecha relación entre globalización y violencia, orienta sus argumentos hacia la problemática de la *incomplétude* de los Estados-nación, ansiosos de congruencia frente a los asaltos disipadores de la globalización. No obstante, junto a esa violencia interpretable políticamente también tenemos esa otra difusa, social, íntima, a la hemos aludido, que golpea sin fin a todos los rincones del mundo, y que no entiende de ideas, o emplea a éstas sólo como subterfugio. Gentes normales, nada religiosas hasta pocos días antes, inmolándose y provocando muertes indiscriminadas, asesinos enloquecidos por medio mundo, etc. Algunas veces llegan ecos de canibalismo incluso. No se trata de una serie negra de novela, sino de hiperrealidades que nos interrogan en lo más hondo. La apariencia de plaga está ahí.

Pero nada de esto se corresponde hoy con el proyecto de modernidad que América del Norte, y en particular México, ha representado. Ansiosos de esa modernidad, desde el estridentismo mexicano hasta Octavio Paz o Carlos Fuentes, pasando por Diego Rivera, Frida Kahlo y tantos otros intelectuales ineludibles para escribir la historia cultural del continente, los mexicanos han estado a vanguardia de la modernidad. Tierra de asilo político, que fructificó en muchos dominios, no merece, pues, el destino que los capos del crimen le han trazado para evitar que siga siendo una potencia no sólo económica, sino igualmente cultural. También al fin y a la postre México ha tenido gran cantidad de antropólogos, habiendo llegado a obtener un verdadero poderío en los años setenta y ochenta del siglo pasado en esta disciplina, sobre todo en el dominio indigenista.

Qué decir, por lo demás, de países como Siria, Libia o Afganistán que nunca tuvieron ese fértil abono de la razón instrumental cual es la antropología. Pues sencillamente que viven en un laberinto sin salida. Para parar esta espiral de violencia aleatoria y ciega, hace falta el concurso de los movimientos sociales, y de los antropólogos asimismo, con el fin de dar paso a una época más equilibrada de la Humanidad. En el lado contrario sólo habita la catástrofe que a toda costa hay que evitar. La antropología, y en general las ciencias humanas y sociales, tienen la obligación primaria de iluminar la naturaleza de esta patología cultural de la era de la globalización. Y por ende, alentar y apoyarse en los movimientos sociales por su carácter indefectiblemente cooperativo.